

daron los condados de Tiberiades, Trípoli, Galilea, Joppe, Tiro, Cesarea, Beyrouth y Heraclea. La legislación conocida bajo el nombre de *Estrados de Jerusalem* regularizó el sistema administrativo del nuevo reino cristiano, modelándole sobre el régimen feudal de las naciones europeas.

14. La noticia del éxito admirable de la primera cruzada causó inmenso júbilo en toda la cristiandad; y llegó á Europa algunos días despues de la muerte de Urbano II, acaecida en 29 de julio de 1099, no habiendo podido ver en sus días realizado el deseo mas ardiente de su corazón. El piadoso pontífice habia celebrado últimamente dos concilios: el de Bari, año 1097, donde san Anselmo sostuvo tan elocuentemente la procesion del Espíritu Santo, contra los diputados griegos de Alejo Comneno; y el de Roma, en 1098, donde fueron confirmados los decretos de Clermont. El santo arzobispo de Cantorbery habia hallado en Roma una hospitalidad digna de su mérito y virtudes. Urbano II habia querido que fuese alojado en el palacio pontifical, y se proponia ser mediador entre san Anselmo y el rey de Inglaterra, pero la muerte no le dió lugar. Urbano II fué un papa ilustre. Realizando por medio de las cruzadas el mayor designio de Gregorio VII, se adquirió inmortal gloria para la posteridad. [Las cruzadas no solo tenian un objeto eminentemente religioso, sino eminentemente social; porque se trataba de poner diques al elemento brutal, sensualista y enemigo de toda civilización, cual era el islamismo.] Fundáronse en esta misma época retiros seguros para toda alma agitada por los vaivenes del siglo y de las pasiones. San Roberto, abad de Morimundo, fundó la orden del Cister con veintiocho religiosos, con la observancia primitiva de la regla de san Benito. El beato Alberico, su sucesor, completó la obra con sabios reglamentos. Los religiosos del Cister tenían hábitos *blancos*, á diferencia de los de Cluny, que los tenían *negros*, de donde les vinieron sus denominaciones respectivas de *monjes blancos*, *monjes negros*. El beato Roberto de Arbrissel fundó tambien dos grandes monasterios en Fontevrault, uno de hombres, otro de mujeres; pero con la particularidad

de que á la muerte del beato Roberto, su fundador, ambos monasterios eran dirigidos por una sola abadesa.

§ II. PONTIFICADO DE PASCUAL II (13 de agosto de 1099-18 de enero de 1118.)

15. Comenzó el papa Pascual II su pontificado en el siglo XII, en medio de las disensiones promovidas por las investiduras entre el sacerdocio y el imperio. El antipapa Guiberto, reducido á muy pocos adictos, continuaba su cisma en Albano. Despues de la eleccion de Pascual II, se vió arrojado de este asilo y murió fugitivo y abandonado, el año 1100, en Citta di Castello, despues de veintitres años de rebelion. La muerte de Guiberto no volvió la paz á la Iglesia inmediatamente: los cismáticos le dieron por sucesor á Alberto, que cayó en manos de los católicos el mismo día de su eleccion, y fué encerrado en la fortaleza de San Lorenzo. Igual suerte cupo á Teodorico, nombrado despues de él; sirvióle de cárcel el monasterio de Lara. Los enriquianos eligieron en su lugar á un clérigo llamado Maginulfo, que tomó al nombre de Silvestre IV. Echado vergonzosamente de Roma, murió miserablemente en el destierro.

16. Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, murió en este tiempo, sin hijos, de un flechazo que por imprudencia y error recibió en una caza en Winchester. Por derecho legítimo de sucesion, el trono vacante pertenecia á su hermano Roberto, duque de Normandía; pero Roberto habia partido para la cruzada. Enrique, el menor de los hijos del conquistador, se aprovechó de esta circunstancia para heredar de su hermano mayor, y logró asegurar en sus sienes la corona de Inglaterra. Sus primeros actos dieron grandes esperanzas á los católicos: llamó á san Anselmo, prometió seguir sus consejos, y con su parecer se casó con Matilde, hija de santa Margarita y de san Macolmo, reyes de Escocia. Volvió á la Iglesia sus antiguas inmunidades y prometió no vender los beneficios vacantes. Pero esta conducta solo era de hábil político. El intento de Enrique era tener el voto de san Anselmo para consolidar su nueva autoridad; mas cuando se creyó bastante fuerte, le in-

timó se le restableciese en todos los derechos que poseía Guillermo el Rojo, y se le diese por consiguiente la investidura por el báculo y el anillo. San Anselmo respondió con absoluta negativa y con salirse inmediatamente del reino. Apenas salido san Anselmo, el rey hizo confiscar para su real tesoro todas las rentas del arzobispado de Cantorbery. Pascual II tomó la defensa del perseguido, y escribió al rey de Inglaterra diciéndole: « No es admisible en la Iglesia católica lo que pretenden deis. Acordaos de lo que decía san Ambrosio á Teodosio » Magno: *No os figureis, príncipe, que la dignidad real os da derecho sobre las cosas divinas. Los palacios pertenecen al emperador, las iglesias al obispo.* No penseis, señor, que intentamos disminuir en nada vuestra autoridad, y atribuirnos nada nuevo en la promoción de los obispos. Vos no podeis, según Dios, ejercer ese derecho, y nosotros no podemos otorgárselo con detrimento de vuestra salvación y la nuestra. » El rey de Inglaterra había despachado con anticipación dos diputados para lograr del papa el derecho de investidura: é inmediatamente que llegaron á Roma, tuvieron una conferencia con el papa. Uno de ellos, acalorado con la discusión, llegó á decir: « Cualesquier razones que aleguéis, quiero que todos los asistentes sepan que el rey, mi señor, no permitirá jamás ser privado del derecho de investidura, aunque le cueste el reino. — Sabed, repuso el pontífice, que el papa Pascual no le permitirá jamás guardar el abusivo derecho de las investiduras, aunque le cueste la vida. » Sin embargo, cediendo á mas sanos consejos el rey de Inglaterra se reconcilió con san Anselmo. La entrevista del arzobispo proscrito con Enrique II se verificó en la abadía del Bec, á donde se había refugiado el prelado, para descansar de tantas agitaciones. Enrique, contento con solo recibir homenaje de los obispos electos, renunció á dar la investidura por el báculo y el anillo. Esta concordia fué sancionada en el concilio de Londres de 1107. San Anselmo murió en 1109, dejando á la silla de Cantorbery ilustres ejemplos de firmeza episcopal, que mas tarde habían de reproducirse. Al mismo tiempo que

había combatido tan animosamente por la disciplina y derechos eclesiásticos, tuvo la gloria de restaurar la filosofía cristiana y de inaugurar la teología escolástica. A su muerte, el reino de Inglaterra quedaba en paz con la Iglesia. La Francia, bajo el gobierno de Ludovico VI el Craso, á quien había asociado al trono Felipe I, hacía olvidar los escándalos del último reinado, y se estrechaba mas y mas con la Santa Sede.

17. Continuaban agitadas la Italia y Alemania por las cismáticas tentativas de Enrique IV, cuya vida no se alargaba sino para multiplicar disturbios y perturbaciones. Sin embargo descargaba ya sobre su cabeza la mano de Dios; pero ni los reveses, ni las calamidades públicas, ni los disgustos de familia, ni las desgracias de los pueblos podían hacer doblar su carácter inflexible. Había muerto en 1101 su primogénito Conrado; y Enrique, su segundo hijo, á quien hizo consagrar rey en Magancia, año 1102, se declaró á la vez contra su padre y contra el cisma. « Yo quiero, decía, someterme á la autoridad » de Pascual II, papa legítimo. » Toda la Sajonia se declaró por él; porque este desventurado país, víctima tantas veces de la ambición y crueldad de Enrique IV, aprovechaba con ansia todas las ocasiones de recobrar su independencia y libertad. En un concilio celebrado en Northus, año 1105, los señores y obispos juraron combatir por el joven rey y quedar inviolablemente sometidos al papa Pascual II. El joven rey Enrique V compareció muchas veces en el concilio, y mostró tal modestia, sensibilidad y sensatez, que robó todos los corazones. Al hablar de su contienda con Enrique IV, su padre, lloraba diciendo: « Dios me es testigo que no me mueve á tomar » el poder ningún motivo de ambición. No puedo pensar sin » derramar lágrimas en tener que ver depuesto de la dignidad » real á mi padre y señor. Me he compadecido siempre de su » desobediencia y pertinacia, y si quiere someterse á san Pe- » dro y á sus sucesores, estoy pronto á obedecerle como el último » timo de sus súbditos. » Estos sentimientos honraban al príncipe y le atraían todas las simpatías. Comparando esta conducta con las violencias á que mas tarde se entregó contra la

sagrada persona del soberano pontífice, es muy permitido dudar de su sinceridad : pero tal vez se hallan en la juventud rasgos de nobleza y generosidad que luego se pervierten al contacto de la lisonja, del interés y de la ambicion. Sea lo que quiera, el concilio de Northus le valió partidarios celosos. Muy pronto se encontraron los dos ejércitos, del padre y del hijo, en las orillas del Danubio, cerca de Ratisbona. Inmediatamente se declaró la desercion en el ejército de Enrique IV, que apenas si pudo escaparse con algunos pocos criados. Se convocó una dieta general para Maguncia á fin de terminar la contienda con sentencia definitiva.

18. Enrique no perdonó medio de atraer á su partido los católicos ; á pesar de la excomunion lanzada contra él, á pesar de sus notorias relaciones con los antipapas sucesores de Guiberto, escribió al papa Pascual II para tratar de reconciliacion. « Nuestro propio hijo, le decia, el hijo de nuestra ternura, á » quien por extremado amor habíamos elevado al solio, no se » avergüenza de enarbolar el estandarte de la rebelion contra » nosotros. Se nos aconseja perseguirle sin descanso con las » armas, pero queremos diferir la venganza para que nadie, » ni en Italia ni en Alemania, nos impute la sangre que se va » á derramar. Vos sois un hombre prudente, y la caridad os » impone cuantos pasos os inspire el deseo que teneis de la » unidad en la Iglesia y de la paz en Europa. Os enviamos pues » un diputado para saber si quereis sellar con Nos una alianza » sin perjuicio de mi dignidad y derechos soberanos, tales » como los han disfrutado mi padre, abuelo y otros anteceso- » res míos, con condicion, por mi parte, de conservaros la » dignidad apostólica, como mis antepasados lo han hecho » con los vuestros. » Estas protestas de un rey tantas veces perjuró en nada cambiaron la marcha de los acontecimientos. La dieta general del reino teutónico se abrió el dia de Navidad del año 1105. Fué la mas numerosa que se habia visto en mas de un siglo. Ricardo, obispo de Albano, y Guebhardo, obispo de Constanza, legados del papa, leyeron á los señores reunidos en asamblea la sentencia de *excomunion contra Enrique el*

*Viejo, que se titula emperador*, y le declararon *separado del seno de la Iglesia católica*. Este príncipe habia sido arrestado en Bingen, donde tenia centinelas de vista en el castillo. Los señores mas influyentes de la dieta abrieron conferencias con él en Ingelheim, á donde se le transfirió. Le persuadieron, para poner término á los males de Alemania, que renunciase en favor de su hijo la corona y el imperio. Enrique IV, no viendo otro medio de salvacion, se prestó á cuanto se quiso. Introducido en la dieta, dijo : « Yo juro renunciar voluntaria- » mente al poder real : y deseo vivir desde hoy en el retiro » para no pensar sino en mi salvacion. » Y luego echándose á los piés del legado Ricardo, le pidió la absolucion de las censuras eclesiásticas en que habia incurrido. En seguida puso en manos de su hijo las insignias reales del trono y del imperio : la cruz, la lanza, el cetro, el globo y la corona. « Yo os deseo, » le dijo, larga vida y prosperidad. Obispos y señores que me » escuchais por la última vez, añadió lloroso, yo os recomiendo » á mi hijo. El anciano rey Enrique no quiere sino retirarse, » y no ocuparse en adelante sino de su salvacion eterna, segun » los decretos del papa é intencion de la santa Iglesia. » Despues de esto, los señores y obispos confirmaron la eleccion de Enrique V y le proclamaron solo y único rey de la Germania. Se juró la abolicion de las investiduras : fueron depuestos de sus sillas y reemplazados por otros los obispos simoníacos y cismáticos. Parecia en fin consolidada la paz de la Iglesia y la obra de san Gregorio VII.

19. Pero muy pronto se quedó pesaroso de su abdicacion forzosa Enrique IV. Apenas libre, se retiró á Lieja, ciudad que le era muy adicta. Desde allí escribió al rey de Francia, Ludovico el Craso, protestando contra cuanto se habia hecho en la dieta de Maguncia. Se quejaba amargamente de su hijo y del papa. « Por los vínculos de parentesco que nos unen, de- » cia concluyendo, por el interés comun de ambas coronas, os » conjuro vengueis la injuria que he padecido, y no dejéis im- » pune el ejemplo de una traicion tan negra. » Volvió pues á tomar Enrique IV las armas, y reunió bastante número de

partidarios para presentarse á la lid. Enrique V por su lado le iba á salir al encuentro con un ejército, y las hostilidades iban á comenzar con nuevo furor. Enrique el Viejo multiplicaba llamamientos y protestas. « Apelamos al papa Pascual II, » decia en una de sus últimas cartas á los obispos y señores de » Alemania. Por el respeto que debeis á la santa Iglesia romana, por el honor del imperio teutónico, os suplicamos » logreis de nuestro hijo licencia su ejército, y que de acuerdo » conmigo se dicten medidas oportunas para la pacificación » del reino. Si se obstina, protestamos solemnemente á la faz » de Dios y de la santísima Virgen, en presencia de san Pedro, » de todos los santos del cielo y de todos los católicos. Hemos » apelado y apelamos por las presentes y por la tercera vez al » soberano pontífice Pascual, á la Santa Sede universal, á la » Iglesia romana. » Son notables semejantes palabras en boca de tal príncipe. Durante cuarenta años habia perseguido á los papas, y héle ahí reducido á implorar contra su propio hijo á estos mismos papas, á esta misma Iglesia romana, cuya autoridad habia menospreciado tantas veces! Esta carta y esta apelacion fueron el último acto de su largo reinado, consagrado á maldecir el pontificado á quien ahora acude! Enrique IV murió inopinadamente en Lieja, el 7 de agosto de 1106, á los cincuenta y seis años de su edad, y cincuenta de su reinado. Así acabó el rebelde discípulo de Gregorio VII, el implacable enemigo de la Iglesia romana, de la cual habia sido pupilo. Habia visto cundir y engrandecerse cada dia mas el pensamiento que él hubiera querido sofocar; y sucumbió á la lucha de la cual creía haber salido victorioso. El anatema de la Iglesia le siguió hasta el sepulcro. Se le negaron las honras de la sepultura cristiana, y su cadáver, trasportado á Espira, quedó cinco años en un ataúd de piedra fuera del recinto de la catedral. La noticia de su muerte fué acogida por el universo católico como señal de libertad. « El pueblo de Israel, dice Conrado de Ursperg, escritor contemporáneo, no dió mayores » muestras de júbilo al ver sumergido al impío Faraon en el » mar Bermejo. » Era tanto lo que se temia de este monarca

ciego y violento, que llegó á ponerse como cuestion en el concilio de Florencia del año 1106 *¿si ha nacido el Antecristo?* porque la opinion pública le miraba como á tal.

20. Sin embargo aun no habian llegado á su término los males de la Iglesia. Enrique V, cuyo tronco se consolidaba en Alemania por la muerte de su padre, olvidó muy pronto los juramentos de su juventud. Le embriagó el encanto del poder: así es que afectó altaneramente su pretension á reivindicar el derecho de las investiduras. Preparábase Pascual II á viajar por la Alemania para acabar con su presencia la pacificación de aquel desventurado país. Al conocer las nuevas disposiciones de Enrique V, dijo: « Aun no están abiertas las puertas de la Germania, » y mudando de itinerario vino á Francia, donde le acogieron con indecible entusiasmo las poblaciones. Fueron á visitar al pontífice en San Dionisio los dos reyes Felipe I y Ludovico el Craso, su hijo, y se postraron á sus piés. El papa los levantó y les rogó « protegiesen la Iglesia » romana contra sus enemigos á ejemplo de Carlomagno y otros » reyes sus antecesores, y que la defendiesen contra los intentos » sacrílegos de Enrique V de Germania. » Se habia señalado por el papa, en 1106, una conferencia con los embajadores de este último príncipe en Chalons-sur-Marne. El canciller Alberto, el arzobispo de Tréveris, el obispo de Halberstadt, el de Munster, y muchos grandes señores de Alemania se hallaron en ella en nombre de Enrique V. El arzobispo de Tréveris expuso en estos términos los intentos de su rey: « Desde el tiempo de » nuestros antecesores, hombres santos y apostólicos, desde el » tiempo de san Gregorio Magno, se les reconocia á los emperadores el derecho de confirmar la eleccion de los pontífices. » Si el sugeto elegido es digno de tanta dignidad, recibe del » príncipe la investidura de las *regalias* (1) por el báculo y el » anillo. Y en efecto, por solo este título puede poseer el papa » las ciudades, villas, fortalezas, gabelas y demás derechos

(1) Aquí se entienden por *regalias* los derechos y feudos que, como tales, venian del alto dominio del rey.

» que provienen de la dignidad imperial. » El obispo de Placencia respondió en nombre del papa : « Seria un atentado » contra Dios y el honor de la Iglesia, si el príncipe tuviera el » poder de conferir la investidura por el báculo pastoral y el » anillo, emblemas del poder espiritual. Los obispos profana- » rian la sagrada unción que reciben en su ordenacion si so- » metiesen sus manos, consagradas por el cuerpo y sangre de » Cristo, á las manos de un lego, ensangrentadas por la es- » pada. » Estas nobles razones produjeron una verdadera tem- » pestad en los ánimos de los Alemanes. « No se resolverá esta » cuestion aquí, exclamaron ; la decidiremos en Roma con el » filo de la espada ! »

21. Tenia que realizarse esta amenaza. Enrique V anunció la intencion de ir á Roma para recibir de manos del papa la corona imperial. Despues de cuatro años de preparativos, tomó el camino de Italia, seguido de un ejército formidable. Todas las ciudades que trataban de hacer la menor resistencia eran pábulo de las llamas y arrasadas : todo era terror, incendio, ruinas. Desde Florencia, donde pasó la Pascua de Navidad de 1110, Enrique arregló, por medio de mensaje, las condiciones de su coronamiento, con el papa, y eran las siguientes : « El » dia de su coronamiento, Enrique renunciará por escrito á » todas las investiduras de las iglesias : hará juramento de esto » en manos del papa y en presencia del clero y pueblo. Jurará » dejar á las iglesias que gocen de sus dominios con toda li- » bertad. Confirmará á la Santa Sede en la posesion de los pa- » trimonios y feudos que le pertenecen, á ejemplo de Carlo- » magno y demás príncipes, sus sucesores. Con estas condi- » ciones, el papa coronará á Enrique V y le reconocerá como » emperador. Le ayudará á mantener su autoridad en la Germa- » nia, y prohibirá á los obispos usurpen las regalías ni atenten » en lo sucesivo á los derechos del príncipe. » Convenidas de ambas partes y firmadas estas condiciones, el rey hizo su entrada en Roma el domingo 11 de febrero de 1111, precedido de una inmensidad de gentes que llevaban ramos, palmas y flores en la mano : mas esta alegría habia de durar muy poco.

El papa aguardaba á Enrique IV en las gradas de la basilica de San Pedro. El rey no quiso entrar en la iglesia sino despues de verse rodeado de sus soldados, que con varios pretextos ocuparon militarmente todos los puntos vecinos. Cuando hubo desplegado todo este aparato militar, intimó al papa cumplierse su promesa y procediese á la ceremonia del coronamiento. El soberano pontífice respondió que, segun el convenio de Florencia, era necesario que Enrique renunciase solemnemente al pretendido derecho de las investiduras. « El convenio de » Florencia es nulo de pleno derecho, exclamaron los obispos » alemanes. Está formalmente opuesto al divino precepto del » Evangelio de *dar al César lo que pertenece al César*. » El papa protestó que jamás coronaria á un rey perjuro. Las negociaciones se prolongaron por todo el dia, y Pascual II quedó incontestable. Entonces comenzó en la iglesia de San Pedro una de las mas viles escenas que nos cuente la historia. Los soldados invadieron el santo templo de Dios ; el papa fué guardado en una prision estrecha ; igual suerte cupo á gran número de obispos, clérigos y seculares ; los Alemanes saquearon los vasos sagrados y los preciosos ornamentos con que se habia decorado el santuario para la coronacion de su rey. Los Italianos que quisieron defender la majestad pontifical ultrajada, fueron despojados, apaleados y metidos en calabozos ; y aun muchos perecieron por la brutalidad de la soldadesca. Toda la ciudad quedó tan alterada como atónita al saber estas crueldades y el cautiverio de su pontífice. Los Romanos usaron de represalias : mataron á los Alemanes, se arrojaron furiosamente contra las tropas del rey Enrique. Este príncipe es arrojado de su caballo, y herido en el rostro por el tumulto popular. Othon, conde de Milan, se echa en medio de la revuelta y logra salvar al rey ; mas pagó con la vida su celo, porque los Romanos se apoderaron de su persona y saciaron en él su venganza. Enrique V se aprovechó de las tinieblas de la noche para salir de Roma precipitadamente ; pero logró llevarse cautivo al augusto prisionero, á quien mandó quitar sus hábitos pontificales, y atar con cuerdas como á un reo.